

## PENSAMIENTO ILUSTRADO, MORAL Y RELIGIÓN EN LA NOVELA TARAPACÁ

\* Sociólogo. Universidad Arturo Prat. Correo electrónico: bernardo.guerrero@unap.cl.

Bernardo Guerrero Jiménez\*

En este artículo se analiza Tarapacá, novela editada en 1904 en Iquique, desde un punto de vista, que enfatiza los componentes ilustrados de la cultura obrera de principios de siglo. Se hace hincapié en los temas de la moral y de la religión, y de, cómo el autor, a través de su personaje central, Juan Pérez, elabora la solución a los problemas de los trabajadores, a través de la destrucción de las salitreras.

**Palabras claves:** Cultura obrera - Moral - Religión.

In this paper, Tarapacá, a novel published in 1904 in Iquique, is analysed from a viewpoint which stresses the illustrated components of the working class culture that existed in this part of Chile at the beginning of the century. Issues like moral and religion have been focused. Stress is also laid on how the author, by means of the main character of the book, named Juan Pérez, figures out the solution to the workers' problems, through the destruction of the nitrate mining centers.

**Key words:** Working class culture - Moral - Religion.

(1) El seudónimo no es gratuito. En la narrativa de Juanito Zola, hay una fuerte influencia del escritor francés Emile Zola (1840-1902). Este desarrolló un estilo llamado realista, marcado por descripciones crudas de la realidad. Hay un intento por describir la vida social de un modo totalmente objetivo, por sórdidas y duras que ésta pueda ser. Hay un dato curioso además. Emile Zola, edita en 1885, la novela *Germinal* y Juanito Zola ambienta parte de su trabajo en una oficina salitrera del mismo nombre.

### INTRODUCCIÓN

El año 1904, la imprenta El Pueblo, ubicada en la calle Serrano N2 83, edita la novela Tarapacá. El subtítulo señala “Novela Socialista por Juanito Zola”. Sus editores son Osvaldo López y Nicanor Polo. En la página que sigue dice: “Novela local, debido a la pluma del escritor don Juanito Zola”<sup>(1)</sup>. Tiene 479 páginas. Tapa de cartón y mide 25 cms de alto por 18 cms de ancho.

Estos datos parecen, a primera vista, ociosos. Sin embargo, no lo son, por cuanto, esta novela tiene el rótulo de maldita. Prohibida en su tiempo y, posteriormente, quemada por su notorio contenido anticlerical y anti-salitrero, se conserva un solo ejemplar en la Biblioteca Nacional. Para la historia social y cultural de Iquique, y del norte grande, Tarapacá, constituye un olvido imperdonable, no tanto por su calidad literaria que, puede ser cuestionada,

(2) Hay motivos para creer que López perteneció a la masonería. En dos párrafos de su novela se refiere a conceptos como libre pensador. En una discusión que Juan Pérez sostiene con un obrero, concluye: “Siento muchísimo de introducir la agitación en su alma. En esta materia, soy partidario del librepensamiento. y no me gusta de que se diga que trato de imponer á otros mis ideas” (Zola; 1904: 437). En otro pasaje dice: “Si el gran arquitecto de la naturaleza no hubiera concebido la idea de que existiese la multiplicación de las diversas especies de racionales é irracionales. no las habría dotado de órganos sexuales, ni habría colocado sobre sus cabezas el fantasma negro de la inserte” (Zola; 1904. 116). Además. Iquique. vivía en esa época una gran lucha entre masones y católicos. La prensa como El Tarapacá. entre otros, animó muchas de esas contiendas. Sin embargo. ese periodo. no han sido debidamente analizado. en relación a las disputas entre masones v católicos. No obstante, acaba de aparecer un libro sobre la historia de la masonería en Iquique. que entrega algunos detalles sobre esas situaciones (Henriquez; 1995: 41).

(3) La novela ataca al Obispo Carter de un modo virulento. Moulián, por

pero si, por su carácter testimonial, en tanto recrea el Iquique y la pampa de principio de siglo.

Tarapacá, si no se demuestra lo contrario, es la primera novela editada en Iquique y, cuya trama se desarrolla entre el puerto y la pampa. Y escrita desde la posición de un narrador ilustrado, preocupado de la emancipación del proletariado.

Se piensa que bajo el seudónimo de Juanito Zola se esconden las figuras de Osvaldo López y Nicanor Polo (Bahamonde; 1966: 27).

Poco se sabe de Osvaldo López<sup>(2)</sup> y menos aún de Nicanor Polo. Sobre el primero, se dice que nació en Valparaíso, el 5 de agosto de 1857 y que muere en Santiago en 1922. Fue artista de circo e hizo teatro obrero. Fue un intelectual obrero, editor del diario El Pueblo, y autor del Diccionario Biográfico Obrero, publicado en 1912. Sobre este autor, Luis Moulián, dirá que resulta increíble que un intelectual de la talla de López, esté postrado en las sombras y en el olvido (Moulián; 1996: 6). Agrega, además, que la labor desarrollada por López en Iquique, le significó ataques y atentados del que salvó ileso. La imprenta de su propiedad fue quemada y destruida en más de una ocasión. De ello, es fácil entender, en consecuencia, la furia de los salitreros y del clero, por silenciar la novela Tarapacá.<sup>(3)</sup>

Este silencio, persiste, sin embargo, en la actualidad. En las antologías sobre literatura, es casi frecuente el olvido de los escritores nortinos. La obra de López y Polo, ni siquiera es conocida en los centros de estudios tanto universitarios como de enseñanza media.<sup>(4)</sup>

Tarapacá, es una novela en que su autor, describe a sus personajes en torno a cuatro ideas centrales. Primero, señalar el ambiente de podredumbre moral en que vive la burguesía iquiqueña; segundo, denunciar las pésimas condiciones en la que viven los obreros, tercero, señalar la fuerza moral de un hombre, Juan Pérez<sup>(5)</sup> cuyo objetivo era:

“...constituir una gran federación de obreros, una sociedad vasta y bien organizada, de la que ningún operario se sustrajese. Y pensó que esa institución gigantesca extendida desde Zapiga hasta Lagunas, podía convertirse en la República del Trabajo, la que se iniciaría con una fiesta roja que hiciera conmovier los cimientos en que descansa la República burguesa” (Zola; 1904: 24).

su parte destaca el hecho de que la administración de este prelado no fue muy feliz y, estuvo en abierta convivencia con los sectores oligarcas de la provincia (Moulián; 1996: 9). El 12 de junio de 1895, Juan Guillermo Carter Gallo es nombrado Vicario Apostólico de Tarapacá.

(4) La Edición por parte de la Dirección de Extensión Académica y Cultural de la Universidad Arturo Prat, de Poemario Popular de Tarapacá 1899-1910, de González, Moulián e Illanes, es un intento por corregir ese olvido. Nuestra Universidad publicó además Poesía Desprotegida de Ricardo Alejandro Pérez, que muestra la poesía obrera publicada en los periódicos de principios de siglo en Antofagasta. Se ha presentado además al Fondo del Libro, un proyecto para reeditar la novela Los pampinos de Luis González Zenteno.

(5) Así describe el autor al personaje central de la novela: “Juan Pérez, era un formido hijo del pueblo, alto y bien formado como todos los que han pasado su juventud en el trabajo, ejercitando los músculos y ganando el pan con muchas fatigas y privaciones. Nacido en Caldera, amaba el mar como a su familia, y cada año, cuando las festividades del 18 de Septiembre le

y cuarto, ofrecer una solución al conflicto y a la explotación que se vivía en la pampa.

### EL PENSAMIENTO ILUSTRADO EN LA NOVELA TARAPACÁ

Gran parte de la identidad cultural del siglo 19, se funda en la dicotomía barbarie y civilización. La superación de la primera y el acceso a la segunda habría de situar, a la humanidad en el camino correcto de la emancipación. Las ideas motores del siglo XVIII, a saber, el reemplazo de lo sobrenatural por lo natural, de la religión por la ciencia; el triunfo de la razón; la creencia en la perfectibilidad del hombre y la preocupación por el tema de la liberación de cualquier tipo de tiranía (Bierstedt; 1978: 21), son los ejes centrales que mueve a esta mentalidad. Este tipo de pensamiento, habría de amalgamar, a su modo por cierto, en el pensamiento obrero. Según Devés, la cultura obrera ilustrada, admiraba la ciencia, la literatura y el arte, pero fue realizada por obreros que se daban su tiempo para escribir (Zola; 1994: 76). Así, en la novela Tarapacá, el personaje central, Juan Pérez, encarna el modelo ilustrado del luchador social, trabajador y portador de una moral que lo sitúa por encima de sus iguales. Dice Juanito Zola:

“Solo en la oficina ‘Germinal’, un obrero valiente e ilustrado, que por casualidad se encontraba en su cuarto cuando llegaron los soldados, había puesto enérgica resistencia” (Zola; 1904: 11).

Un obrero valiente e ilustrado. Esa es la síntesis perfecta de un cuadro revolucionario. La edición de periódicos, una práctica frecuente en la historia del movimiento obrero del norte grande de Chile, se grafica en el título de uno de ellos: La Verdad<sup>(6)</sup>, ubicada además en la calle La Luz. Una metáfora cargada, por cierto, de un espíritu ilustrado. Así:

“El agente de la Junta, salió de Central para Iquique, y una vez en esta ciudad, envió una tarjeta al editor de La Verdad, invitándolo a su alojamiento del Hotel Génova, donde debía tratar con él asuntos de gran interés, que se relacionaban con su porvenir. El editor de La Verdad, con esa perspicacia que dan los años y la carrera periodística, adivinó de lo que se trataba y se propuso parar el golpe. Contestó al señor Gómez, que sus muchas ocupaciones no le permitían ir a verlo al Hotel Génova; pero que podía recibirlo en su escritorio, calle de la Luz, número 1” (Zola; 1904: 17)

El editor de La Verdad, podría ser el mismo Osvaldo López. Como reacción a los intentos de soborno. Este dice:

permitían bajar a Iquique, su primer pasea era á Cavancha, sobre cuyas orillas rocallosas se sentaba á contemplar la tenacidad de su viejo amigo, al estrellarse contra las piedras” (Zola; 1904: 12).

(6) El nombre del periódico es también sintomático, y tiene connotaciones religiosas, pero es una verdad no clerical, sino racional y dirigida por una élite obrera. El mismo tipo de denominación aparecería después, bajo la dirección de Luis Emilio Recabarren con el nombre de *El Despertar de los Trabajadores*.

“Esa es la puerta, caballero. Usted no viene a insultarme a mi casa. Si yo estoy empeñado en la tarea de ilustrar a la clase obrera haciéndola distinguir la verdad de la mentira, es porque hago conciencia de mi misión; y no son dos mil pesos, ni un millón, los que me harían cambiar de opinión. Puede usted decirle a quien lo manda, que el editor de *La Verdad* no se vende” (Zola; 1904: 18).

La apuesta con el pensamiento ilustrado, habría de chocar sin embargo, con un desarrollo inversamente proporcional a la moralidad. Zola, ya se adelanta, a los temas del fin del siglo XX, tipificados como crisis moral.

#### EL TEMA DE LA MORAL

“La humanidad, en sus continuas evoluciones de progreso, en el orden material, y de decadencia, en el orden moral, ha convertido el amor, esa pasión que inspiró a los poetas antiguos sus mejores trovas, en una cosa tan trivial, que a nadie llama la atención el cariño de dos seres. Hoy día, el amor está personificado por la unión sexual. Ya no existen pasiones como la de los amantes de Teruel, la de Paolo y Francesca da Rimini, la de Pablo y Virginia o la de Abelardo y Eloísa. El amor se ha vuelto práctico, y ha perdido su romanticismo. Se le expone en los escaparates, para que lo obtengan los hombres, pagando siempre su valor. Puede comprarse en lotes que tanto valen un millón de pesos, como un centavo” (Zola; 1904: 66).

Relacionado con lo anterior, el tema de la moralidad es frecuente en la novela. Se habla de una moralidad burguesa cuya característica principal, es que carece de ella.

“A las tres de la mañana, la confusión era fenomenal en el salón. El vapor de los licores, se había subido a la cabeza de los bailarines, que chillaban como becerros, y brincaban como cabras. La atmósfera estaba caldeada con el vaho que despedían los cuerpos sudorosos y las bocas resacas. Por los ojos de los antifaces, salían llamaradas de deseos mal comprimidos, que mareaban e invitaban a salir a la calle, a respirar aire más puro. En un palco oculto, una pareja se abrazaba y besaba, sin reparar que se encontraban en un sitio público. Sobre el proscenio, algunos mozaletos de smoking y zapatillas de charol, hacían piruetas y daban saltos mortales, que eran aplaudidos por la concurrencia. Era la hora de las grandes laxitudes, en que si no se daba nueva energía a

los músculos, podía acabar la fiesta de una manera lamentable”  
(Zola; 1904: 40).

Iquique, aparece como la capital de la prostitución. Un viajero desde la proa de un barco, observa a: “ese Iquique tan ponderante en el Sur, considerado como el país de las fortunas colosales y de la prostitución más descarada” (1904: 45). Y:

“Don Carlos, abrazó a Luis, contento de haberlo encontrado, le invitó a beber varias copas, y fraternizaron como dos buenos amigos. Desde esa noche, tío y sobrino, se hallaron siempre reunidos en juergas parecidas. ¡Moralidad iquiqueña!” (Zola; 1904: 142).

Otro tema recurrente en la novela es la percepción que se tiene de la mujeres, en cuanto simbolizan la debilidad:

“En vano, se esfuerzan los filósofos y moralistas, por predicar que se arranque de las garras del vicio a las mujeres, por medio de la educación; en vano las religiones combaten, por evitar que menos víctimas vayan a sumergirse en el fango de los prostíbulos. Los lupanares, continuarán haciendo su presa en la humanidad, mientras una reacción general de los hombres de todas las categorías sociales, los haga salvar a las mujeres de las caídas a que están expuestas por culpa de ellos” (Zola; 1904: 112).

Pero, no sólo en Iquique había prostitución:

“En el pueblo de Huara, era adonde el vicio tenía echadas raíces profundas. El comisario, encargado del orden y seguridad de ese cantón, era un viejo corrompido, amigo del alcohol y de las juergas con mujeres de vida airada. En lugar de permanecer en su cuartel, vigilando que sus subalternos cumplieran con sus obligaciones, se lo pasaba en las casas de tolerancias, cual un sultán en su harem” (Zola; 1904: 280).

Concluye, Zola, condenando el producto de tanta vida activa en lo sexual:

“He estado en el Hospital de Iquique, y he visto que de cada cien enfermos que hay ahí, noventa y cinco lo están por enfermedades venéreas. Estos hombres cuya sangre está envenenada por el virus de la sífilis, no sirven para nada. Son seres inútiles a la humanidad, porque no pueden procrear, y cuando lo hacen, dan hijos degenerados. ¿Qué es lo que se saca de aquí? Bailar, chupar y dormir con una mujer. Eso se puede hacer, también,

con las esposas propias, y sale más barata la diversión” (Zola; 1904: 317).

#### EL TEMA DE LA RELIGIÓN

Otro tópico de fuerte presencia que ya ha sido observado tiene que ver con el anticlericalismo, que no debe ser confundido con anti-religión. De hecho, la fuerza del anticlericalismo tiene como base el observar la alianza entre el clero y las clases dominantes. Dice Zola:

“¡Qué fea encontraba a la ciudad, encajada en una llanura árida, sin asomos de vegetación!. Los edificios, casi todos de un solo piso, se achataban sobre la improductiva tierra, dejando paso a dos únicas eminencias, dos aristas que simbolizaban cosas distintas; pero que tenían su origen en el fanatismo: la torre de la Iglesia Parroquial y la de la Plaza Prat” (Zola; 1904: 46).

En contraste con lo anterior, hay una actitud positiva respecto a la figura de Cristo, pero sólo como un hombre, desconectado de su dimensión celestial:

“Cristo, aquel hombre tan humano como cualquiera de los mortales, que vino al mundo, predestinado a cumplir una santa misión socialista, ha sido el hombre escogido por esa anónima entidad, llamada Iglesia Romana, para formar el tejido de embustes que constituyen los llamados dogmas en que descansa el edificio de oropel católico” (Zola; 1904: 177).

En otro pasaje de la obra se dice, acerca del mismo tema:

“La religión no puede considerarse ni en la categoría de los pasatiempos artísticos, como la música y la pintura; ni en la de las ciencias, porque nada se adquiere con sus prédicas. Es algo que está demás en el mundo y que va extinguiéndose paulatinamente, a medida de que la civilización va libertando a la especie humana del error en que ha estado sumida por espacio de muchos siglos” (Zola; 1904: 177).

Y continúa, acerca del socialismo y del clero:

“El principal enemigo del socialismo, es el clero. Los frailes odian a muerte toda evolución en el sentido de inculcar a las masas ideas que les enseñen a distinguir la verdad de la mentira. Esto es un gran absurdo, ya que los tonsurados invocan a Cristo como el fundador de esa religión a cuya sombra engordan, pues es bien sabido que fue el mártir del Gólgota quien sembró las semillas socialistas, que recién después de épocas de tiranía y autocracia,

empiezan a asomar en el campo universal las robustas brizas de árboles que, en el porvenir, alzarán al cielo sus gigantes copas.

El catolicismo, es hermano del feudalismo, del despotismo y de la plutocracia. Desdeñando las doctrinas de Cristo sobre igualdad y fraternidad, reconoce la división de clases; aprueba los sistemas de gobierno aristócratas, sobre los cuales quiere aún hacer pesar el poder de ese elefante blanco, llamado Papa” (Zola; 1904: 178).

El socialismo es la doctrina de Cristo, agrega:

“El catolicismo, odia a muerte al socialismo, que es la doctrina del Cristo, y la que libertará al proletariado de la ignominia en que yace, porque ambos sustentan principios completamente opuestos. El primero, se atribuye potestad divina, se cree la institución más sabia y justa, y reviste todos sus actos de un tren pomposo, igual al de las cortes de reyes y emperadores. El segundo, no pretende mistificar al pueblo, y enseña que los fines que persigue son verdaderamente humanitarios; no redime almas, sino cuerpos; y su modestia es tal, que imitando al gran Maestro, busca sus prosélitos entre los humildes, entre los haraposos, entre los desgraciados” (Zola; 1904: 178).

Sobre Cristo agrega

“...nació en un pesebre; sus padres fueron dos pobres y sencillos obreros; vivió entre pescadores y agricultores; no conoció la molicie de los palacios; y llevó una existencia de verdadero vagabundo” (Zola; 1904: 178).

Sobre la Iglesia y el clero agrega:

“Los astutos comediantes de la Iglesia Romana, están dispuestos a no soltar muy fácilmente a la humanidad. Por eso, se amoldan con una facilidad asombrosa a las diferentes modificaciones que ha sufrido su corrompida institución. La pérdida de su antiguo poderío no les ha afectado, como tampoco el fuerte revés que le dieron los liberales italianos, reduciéndola al estado en que hoy se encuentra. Empleando las armas jesuíticas lamen la mano que los castiga y se acomodan a todo, con tal de que los dejen explotar con libertad su negocio.

¡Extraño negocio! Estos mercaderes son inferiores hasta a los avarientos judíos, porque sus mercaderías espirituales tienen la ventaja de no apolillarse ni de exponerse a las contingencias de las alzas o bajas. Hacen su comercio, sobre seguro, con la certeza de no perder nunca. En el Vaticano miran a los fieles, como los

tenderos a sus parroquianos. Les hacen atención, según el estado de sus bolsillos. Para conseguir una audiencia particular del Papa, hay que mandarle como tarjeta de presentación un valioso regalo. El que se presenta con las manos vacías se expone a un desaire, tal como ha acontecido a varias personas que han querido hablar al Santo Padre, contando con el valor de sus prendas personales” (Zola; 1904: 179).

Hay una continuidad de pensamiento y de acción que hace Zola, entre Cristo y Juan Pérez. El paralelismo es evidente:

“Juan Pérez trabajaba por su idea, con una tenacidad inquebrantable. Hacía labor sorda, jesuítica, cambiando de residencia constantemente. A los pocos días de estar en una oficina, y después de dejar sembrada la semilla del bien, pedía su arreglo, liaba sus bártulos y continuaba su peregrinación. Nada se oponía a la buena marcha de sus planes. Los obreros, agobiados por la miseria, se entregaban en sus manos, sin vacilar, sin hacerle muchas preguntas. Les inspiraba fé su continente modesto, su palabra persuasiva y su virtud a toda prueba” (Zola; 1904: 94).<sup>(7)</sup>

(7) En la misma dirección un obrero seguidor de Pérez dice: “Cuenta conmigo en su empresa, compañero, y le juro por esta luz que nos alumbra, que Pedro Mendoza será uno de los doce apóstoles del Cristo Pérez” (Zola; 1904: 27).

Juan Pérez, como revolucionario era un modelo de comportamiento:

“Pérez, comprendía que todo predicador de una buena causa, debe ser de moralidad reconocida, y por eso guardaba un comportamiento irreprochable. No bebía, no asistía a remoliendas, ni a las fondas. De la casa donde comía a su bohardilla, y de la bohardilla al trabajo, era su sistema de vida. En vano, en las fiestas llamadas patrias cuando sus compañeros, olvidando sus dolores y sufrimientos, se entregaban a la remolienda, trataban de arrancarlo a los centros de diversión. Se negaba rotundamente y se molestaba de la exigencia de algunos.

El apóstol debe ser virtuoso, para que su palabra encuentre eco entre la multitud. Cristo, halló hechos prosélitos, porque practicaba las mismas doctrinas que enseñaba. Si Cristo, desde la arcada de un palacio de su propiedad, hubiera querido enseñar los principios de igualdad y fraternidad, nadie le habría hecho caso, porque mal podía abogar por esas ideas, el que, viviendo en esa morada, no conocía las miserias del pueblo. Hubo necesidad de que el Nazareno, naciera en un pesebre, se criara entre la clase humilde y fuera un modelo de virtud para que le escucharan aquellos a quienes redimía, enseñando una moral desconocida” (Zola; 1904: 95).



Rasgos milenarios y místicos destaca Zola en la configuración psicológica del personaje central:

“Juan Pérez, después del grato encuentro con su hija Genoveva, se sintió poseído de una especie de misantropía, que lo hacía huir de los lugares animados, para entregarse en los parajes solitarios, a la meditación sobre el plan de redención del proletario y sobre el bienestar de su hija” (Zola; 1904: 106).

La clásica disputa entre ciencia y religión bajo el prisma del pensamiento ilustrado y socialista se manifiesta en su esplendor, cuando Genoveva, es asistida en el hospital, y cercana a la muerte, es atendida por un cura:

“-Es necesario hija, que piense usted que pueden llegar sus últimos momentos. Una operación, es una cosa muy delicada.

Bien puede usted morir, y es necesario que tenga aligerada su conciencia de los pecados. Si muere usted, sin haber dado cuenta de sus culpas, puede irse al infierno, y ahí sufrirá los tormentos más atroces. Los demonios, pinchan a los condenados con afilados tranches; los hacen beber plomo derretido, y los arrojan a las calderas de aceite hirviendo” (Zola; 1904: 412).

La reacción de Genoveva fue elocuente:

“La enferma, se incorporó y dió un grito espantoso, ante semejante cuadro, descrito por el fraile. Ese grito, eran tan lúgubre y fuerte, que fue oído en las salas anexas. Un médico que visitaba a los enfermos de la habitación, acudió a enterarse de lo que pasaba.

A su vista, Genoveva, se tranquilizó un poco. El doctor se acercó al lecho, examinó su rostro, descompuesto por el terror, la hizo acostarse, y le preguntó con ternura: -¿Qué le pasa hija?

-Este señor, le respondió ella, señalando al fraile, me ha dicho que si no me confieso, voy a ir al infierno, donde los diablos me van a destrozar” (Zola; 1904: 413).

El médico, símbolo de la ciencia:

“Comprendió lo que se trataba: la iglesia, aprovechándose del miedo que sienten los pacientes a la muerte, para conquistárselos.

-No está bueno lo que usted está haciendo, padre. Los enfermos, no necesitan de confesión, sino de cuidado.

-Perdone, señor; es tan necesaria la medicina del cuerpo como la del alma” (Zola; 1904: 413).

Hay además una clara adhesión a la ciencia, como sanadora:

“-Eso sería bueno en los tiempos de Felipe Segundo, cuando se obligaba por medio de la fuerza, de los tormentos y de las hogueras, a que la multitud creyese en las patrañas de las falsedades que constituyen la religión cristiana. Hoy día, la ciencia, sana a los enfermos, sin recurrir a agua bendita, ni a los santos.

- No me admiran los sacrilegios que usted dice. En la actualidad, el mundo está tan pervertido, que es imposible encontrar entre la gente que se hace pasar por ilustrada, unos pocos que crean en Dios. -Miente usted. En Dios. creemos todos. Los que poseemos dos dedos de frente y raciocinamos, no desconocemos la existencia de la fuerza oculta de un gran arquitecto, que maneja esta gran bola que se llama el mundo. ¿Qué teoría sobre la existencia de la tierra, puede plantearse, negando á Dios?” (Zola; 1904: 413).

Pero, hay también una valoración de Dios.

- Nosotros, somos representantes de ese Dios.

- ¡Es usted un impostor! Ese Dios, no necesita de representantes tan bajos. Ese Dios, es grande, piadoso y humilde. Se entiende directamente con las más insignificantes criaturas; les brinda su apoyo y las fortalece. Yo, sin necesidad de recurrir a ninguna iglesia, ni a ningún fraile, siento la grandeza del ser supremo.

- Es inútil todo lo que usted diga. La prueba de que nuestra religión es la verdadera, está en que cada día cuenta con mayores adeptos” (Zola; 1904: 414).

Genoveva decide no confesarse. Esta decisión cargada a favor del médico, que simboliza a la ciencia, terminará con la muerte de la prostituta. Lo anterior simboliza además la muerte de una vida pecaminosa.

La labor proselitista de Juan Pérez, habría de concluir con lo que los obreros del salitre, llamaron “la reclamación” en vez de revuelta, la que aconteció el día 18 de septiembre. Las demandas fueron: abolición de fichas, y pago semanal; indemnización por desgracias y enfermedades; reducción de las jornadas de trabajo, etc (Zola; 1904: 462). La reclamación se hizo el día de las fiestas patrias chilenas. Se cortaron las comunicaciones tanto telegráficas como viales, pero, no hubo derramamiento de sangre.

“Amaneció el 18 de septiembre, día en que debía efectuarse la gran reclamación, y esa vez, las banderas chilenas no flamearon sobre las bohardillas: permanecieron guardadas en los baúles,

para que no presenciaran las escenas que se iban a desarrollar”  
(Zola; 1904: 475).

Sucedió que los patrones al no poder dar respuesta a las demandas de los obreros, fueron tomados prisioneros. Los obreros quemaron todo lo que hallaron a su paso: máquinas, herramientas, casas, etc. En una hora todas las oficinas quedaron convertidas en escombros, en ruinas lamentables (Zola; 1904: 478). Juanito Zola termina su novela:

“Pero, no hubo una vida que lamentar. La sangre no corrió. Los trabajadores, se vengaron en las propiedades de sus verdugos, respetando sus existencias. El plan de Pérez, fué cumplido en toda sus partes. La consigna, era arruinar a los oficineros, y lo consiguieron, sin recurrir a asesinatos, que habrían sido un borrón, para los iniciadores del gran reclamo.

Cuando Pérez, vió que el proletariado estaba vengado, y que nada quedaba por hacer, dió por terminada su labor, y dando un adiós a la tierra donde tanto sufriera, se encaminó en dirección a las sierras.

Después, hombres, mujeres y niños, cubrieron la inmensa pampa, formando una gigantesca romería, que dirigía sus pasos hacia el Oriente, a Bolivia.

Iban allá, a ese país del frío, a buscar entre los habitantes de la altiplanicie, un pedazo de suelo y un pan dulce que les negaba su propia tierra” (Zola; 1904: 479).

Esta singular protesta, tiene sin embargo, antecedentes históricos. A comienzos del siglo XIX, los “Ludditas” destruyeron en Inglaterra máquinas y fábricas. Algo similar ocurrió en Zurich y Lyon en 1831. Este tipo de rebelión es el antecedente histórico del llamado socialismo pre-científico o utópico.

Finalmente, los rasgos milenaristas y proféticos de Juan Pérez y sus dirigidos, que se parecen al éxodo emprendido por el pueblo de Israel, pero esta vez hacia Bolivia. ¿Alguna reminiscencia andina, o nostalgia por un paraíso perdido?

#### CONSIDERACIONES FINALES

El norte grande de Chile, gracias a su vigoroso movimiento obrero, fue capaz también de producir una maciza cultura ilustrada, administrada y reproducida por sus propios cuadros. Este pensamiento, sin embargo, no

estuvo exento de contradicciones entre el discurso y la praxis. Así, en muchos de los casos, el discurso del internacionalismo proletario, se quebraba por la discriminación que experimentaron los trabajadores no chilenos, en especial los chinos y también, los aymaras. Estos últimos eran percibidos, en la contradicción barbarie/civilización, como los representantes del primer eje. Por otro lado, en el plano de las creencias, se advierte, no un ataque certero a la religión, sino más que nada al clero. Esto queda en evidencia, al observar el macizo movimiento de peregrinos que se desarrolla en la pampa salitrera y que tiene como motivo de culto a la Virgen del Carmen. En el caso de la novela Tarapacá, estamos frente a un autor, intelectual de la clase obrera, que a través de la exageración de sus personajes (Juan Pérez como emblema de la bondad y de la moral, y los burgueses como encarnación del mal), logra retratar la vida del norte grande de Chile. bajo la mirada ilustrada. El viaje del personaje central a Bolivia, en el plano simbólico, se parece más que nada al viaje que Wiracocha, realiza al mar. después de haber creado el mundo. Pérez, invierte el camino y penetra en la puna.

La dramática solución a las demandas obreras ocurridas en 1907. en la Escuela Santa María. marcaría no sólo un cambio en la estrategia obrera para enfrentar sus problemas, sino que también la literatura habría de re-enfocar esta situación con nuevas miradas. La revolución mexicana, el triunfo de los bolcheviques en Rusia, habrían de otorgarles a obreros e intelectuales nuevas formas de enfrentar sus preocupaciones.

#### BIBLIOGRAFÍA

- Bahamonde. Mario. Antología del Cuento Nortino. Universidad de Chile. Departamento de Extensión Universitaria; Antofagasta, 1966.
- El Relato Literario en el Norte de Chile. En: La Naturaleza y el Hombre en la Novela Hispanoamericana. Primer Seminario Internacional de Literatura Hispanoamericana. Anales de la Universidad del Norte. N° 7; Antofagasta, 1969. pp 79-98.
- Bierstedt. Roberto. El pensamiento sociológico en el siglo XVIII". En: Historia del Análisis Sociológico. (eds.) Bottomore r Nisbet. Amorrortu Editores; Buenos Aires, 1978. pp. 19-58.

- Devés, Eduardo. La Cultura Obrera en los tiempos del Centenario. En: Tarapacá: Una Aventura en el Tiempo. Revista Camanchaca N° 12 y 13. Taller de Estudios Regionales; Iquique, 1994. pp 75-79.
- González, S; Illanes, M; Moulián, L. Poemario Popular de Tarapacá. 1989-1910 Ediciones Campus. Dirección de Extensión Académica y Cultural. Universidad Arturo Prat; Iquique, 1996.
- Guerrero, Bernardo. La Diosa Verdad: Belén de Sárraga y Anticlericalismo en Iquique. En: Temas Regionales N° 2. Corporación Norte Grande; Arica, 1995. pp 11-18.
- Henriquez, José. Antología de la Masonería en la Provincia de Iquique. Semblanza de la Respetable Logia "Francisco Bilbao" N° 23; Iquique, 1995.
- Pérez, Ricardo. Poesía Desprotegida. Compilación de poesías de periódicos antofagastinos de 1900 a 1920. Universidad Arturo Prat. Dirección de Extensión Académica y Cultural; Iquique, 1996.